

LA SOCIEDAD ANTROPOLOGICA DE LONDRES Y EL ANTIDARWINISMO

José Luis PESET

Instituto Arnau de Vilanova
(C.S.I.C.) MADRID

A Manuel A. Sellés

Para comprender el papel jugado en Gran Bretaña por la *Anthropological Society of London*, es preciso remontarse, tal como hace George W. Stocking Jr., al período dominado por la *Aborigines Protection Society*, los años treinta y cuarenta del ochocientos. Amparada esta sociedad por el movimiento de liberación de la esclavitud y por los sentimientos altruistas de los filántropos evangelistas y cuáqueros pretendió mejorar la actitud del inglés ante el hombre de color. Se sorprendían por la distinta actitud que el británico mostraba ante ellos en su isla y en colonias, una civilizada, la otra brutal, y pensaban que mejorando el conocimiento de otros pueblos mejorarían las relaciones y el trato dado por los nuevos señores de la tierra. Tras la visita de Hodgkin, uno de sus miembros, en París a la *Société Ethnologique* —que le sorprende pues los franceses tienen *few aborigines requiring protection*—, un grupo de socios se reúne en 1843 para fundar con utilidad científica la *Ethnological Society of London*. Los años cuarenta y cincuenta son época de gran desarrollo de estos saberes; bajo la personalidad benefactora y filobíblica de Pritchard, se fomenta un bondadoso monogenismo y una generosa similitud de razas humanas. El estudio del lenguaje —que distinguía de los animales— servía para explicar las semejanzas humanas; el de las influencias ambientales, para mostrar las diferencias de forma difusional e histórica. Fueron muy bien admitidos en la *B.A.A.S.* y en la *Crystal Palace Exhibition*¹.

Estos estudios e intereses, tras decaer al fin de los cincuenta, vuelven con ímpetu a principios de los sesenta, aunque con un cambiado estilo: ahora el enfoque se dirige al estudio de caracteres físicos, raciales y al origen de

los pueblos y grupos europeos. Tal vez la guerra de Crimea influye, también el fin del influjo de esta filantropía de carácter religioso. La publicación por Robert Knox en 1850 de su libro *Races of Man* marca esta nueva orientación. Paralelamente se desarrolla el interés por la arqueología prehistórica y la historia antigua europeas. En todos estos terrenos se destaca la obra de Joseph Bernard Davis, prehistoriador, arqueólogo y craneólogo, enfrentado a la unidad de razas de Prichard y empeñado en la colección de *Crania Britannica* (1856).

Bajo la presidencia de John Crawfurd las cosas cambiaron en la sociedad etnológica, animado también el cambio por el secretario Thomas Wright, y con la incorporación de antropólogos físicos como Davis, Beddoe, Knox... las nuevas orientaciones poligenistas, racistas y morfologistas penetraron. Uno de los miembros más activos, el también secretario James Hunt, se separa en 1863 para crear la *Anthropological Society of London*, donde las nuevas doctrinas adquirieron máxima virulencia. El nuevo anatomismo cientifista de Broca y racista de Knox le influyen, y la guerra de secesión norteamericana, con las disputas en torno al negro y su categoría biológica, le prestan actualidad. Creció mucho, parece ser que superó los 500 miembros, y contó con varias publicaciones de un cierto éxito. Fueron sus miembros, en general, antidarwinistas, y los seguidores del viajero inglés fueron sus enemigos. Incluso la *Sociedad Etnológica*, cuando fue presidida por Lubbock (1863) y Huxley (1868), les miró con reparo. Era lógico: Hunt igualaba al darwinismo con el biblismo, y a Darwin con Prichard. Era bien consciente del peligro que el darwinismo suponía para su poligenismo y para la inmutabilidad y sepración de las especies. Es indudable que con Darwin queda, al menos de momento, arrinconado el problema del origen del hombre, y de la unidad o diversidad de troncos.

Su racismo fue muy violento, como se ve en su actitud ante al irlandés y sobre todo, ante el negro y el salvaje. Se entiende que, a la larga, tuvieran tantos enemigos entre los filántropos como entre los progresistas. Afirma Stocking:

“Además, Hunt podía a veces ser muy mordiente, como cuando caracterizaba a los «oponentes de la antropología comparada» como personas con «retraso del desarrollo cerebral» y con «deficiente capacidad de razonar», que sufrían «de lo que llamaré respectivamente la manía de los derechos del hombre»².

Parece cierta la afirmación de este autor de la existencia de dos corrientes o grupos sociales en la ciencia victoriana de la época, la elitista aristocrática que se reflejaba en la *B.A.A.S.* —e incluso en la sociedad

etnológica— y la populista pequeño burguesa que se muestra en la antropológica. Y que los fallidos intentos de penetrar en aquella —mientras los etnólogos son bien recibidos— muestran bien esa diferencia. Pero hay que matizar más, pues es indudable que hubo muchos socios y que algunos de ellos, y de los que participaron en sus sesiones, fueron personajes importantes, científica o socialmente; y también lo es que gozaron de cierta popularidad en un momento en que la sociedad inglesa veía con buenos ojos sus saberes y sus actitudes, mientras la «clase» científica dirigente no se quería manchar con ellos. Hay unos problemas políticos y sociales —guerra americana, crisis económica, racismo— a los que responde este grupo de científicos. Y también es claro que, bajo la influencia francesa, hay un momento de gran influencia fisicista en el mundo ochocentista. Es claro que el apoyo morfológico a cualquier teoría es fácil de ver y sirve para convencer, de ahí que con rapidez se difunda y se popularice. Esta efervescencia morfológica también se recoge en Gran Bretaña. “Por otra parte, existe una creciente tradición antropológica que es más estrictamente física, y cuyo tema central es el clasificar las razas humanas determinadas, en el contexto de una tradición predarwiniana de anatomía comparada.”³

Para consolidar la institución, John Hunt, su presidente, da enorme importancia a las publicaciones de la misma. Promete reuniones científicas y su publicación en diversos aparatos de difusión. Las distintas revistas servirían como órgano de expresión y comunicación entre antropólogos, y también de información sobre la antropología en el mundo, útil para estudiantes y profesores. El principal órgano de expresión de la sociedad fue el *Journal of the Anthropological Society of London* (1863) y las *Memoirs Read Before the Anthropological Society of London* (1865). La primera dedicada a artículos, congresos, reuniones, informaciones..., y la segunda a publicar los trabajos científicos leídos ante la sociedad. A más alto nivel pretende estar la *Anthropological Review* (1863), editada por Hunt, y que es el órgano de expresión de los antropólogos. Al plantearse la publicación, Hunt propone a la etnológica y la antropológica publicar también sus ediciones a cambio de que paguen parte de la edición de la *Anthropological Review*, sólo la segunda acepta. Por ello van siempre unidas y encuadradas juntas *Review* y *Journal*. Esto permitió una amplia plataforma de difusión⁴.

También mereció atención otra revista que publican los mismos, *The Popular Magazine of Anthropology* (1866). Aunque no parece que llegara a tener gran éxito, es innegable su carácter populizador y divulgador de la ciencia. Se presenta como racista y esclavista, aunque a esta altura se lamenta de las consecuencias de la guerra americana, y tiene las mismas intenciones

que el resto de las ediciones. Carácter popular, y sin embargo científico, metodológicamente positivista, y sin embargo práctica y útil. Es interesante señalar los terrenos en que se va a mostrar útil, son las colonias y las guerras, el conocimiento para ello del clima y las epidemias; la preocupación por el aborigen y el negro, así como el crimen en países civilizados. El carácter de estos científicos se plasma bien cuando, tras referirse a la falta de dogma y autoridad y el carácter popular y práctico de su ciencia, citan unas palabras tremendamente elitistas de John Stuart Mill:

“Es, sin duda, necesaria condición de la humanidad recibir muchas de sus opiniones de la autoridad de aquéllos que han estudiado especialmente las materias de que se trata. Los más inteligentes pueden actuar sin ninguna otra guía en los temas en los que ellos mismos no están ampliamente versados; y la masa de la humanidad ha hecho siempre lo mismo en todos los grandes temas de pensamiento y conducta, actuando con implícita confianza en opiniones de las que no conocían, ni serían capaces de comprender, los fundamentos, pero en las que —mientras sus guías naturales están unánimes—, confían totalmente, creciendo la incertidumbre y el escepticismo sólo cuando éstos se dividan, y profesores que, tanto como ellos pueden juzgar, sean igualmente competentes, profesen opiniones contradictorias. Cualquier doctrina que sea recomendada por el casi total veredicto de mentes instruidas, sin duda seguirá siendo, como lo ha sido hasta ahora, aceptada sin recelo por el resto”⁵.

La otra promesa que el presidente hace a la Sociedad, sin duda con mucho menos éxito, es el proyecto de adherirse a la *B.A.A.S.* Mantienen esta intención durante años, pero la gran ciencia británica siempre les mirará con recelo. Tienen en contra a los geógrafos —ciencia entonces en punta y que domina a la etnología por intereses coloniales— y, desde luego, a todos los evolucionistas. No entraremos en los dificultosos intentos de tomar parte en esta organización, simplemente retendremos el constante esfuerzo que realizaron para conseguir esta vía de consolidación. Más suerte tuvieron en su intento de relacionarse con otras sociedades antropológicas, sobre todo la más prestigiosa, la parisina. La relación con sus vecinos franceses es constante, en correspondencia y publicación de información y de material científico procedente de allá. Así, poco después de la fundación, Broca escribe —contesta— una amable carta a Hunt en que le concede su apoyo y dice coincidir en los principales puntos de vista.

“La Sociedad de París no siente duda alguna respecto a una empresa dirigida por un hombre como Vd. En Londres, como en París, la experiencia ha demostrado la insuficiencia de las Sociedades Etnológicas. La Etnología es solamente una de las ramas de la Antropología”⁶.

Se ofrecen apoyo mutuo y comparten algunos socios, el pacto estaba firmado. En todo momento la sociedad inglesa siguió con cuidado las nove-

dades francesas. Por ejemplo, pronto aparece un comentario titulado *On the Phenomena of Hybridity* sobre la obra *On the Phenomena of Hybridity in the Genus Homo*, obra clave de Broca, editado en 1864 por C. Carter Blake. Aunque refuerzan —apoyándose en Dally— la dificultad de cruce de razas, es clara la admiración que sienten por el maestro francés⁷.

Es evidente que la sociedad francesa servía, en cierto sentido, de guía y patrón de las nuevamente creadas. Y, como es lógico, también los temas que la antropología norteamericana imponía llegaban a ella. En general, las ideas que Broca y la *Société* propagan están acordes con el momento. Broca es poligenista, defiende incluso varias especies en el ser humano, no gusta de la hibridación y habla de razas superiores e inferiores. Incluso, en cierto sentido es antidarwinista, pero no antievolucionista, pues defiende el transformismo de origen francés. Y, naturalmente, también a la sociedad de París se le plantean los problemas del negro. Su actitud general es bastante dura, así consideran que el ser humano de color tiene mayor desarrollo físico, pero inferior capacidad craneal y, por tanto, más diminuto cerebro. Incluso algunos de sus miembros son bastantes racistas en sus afirmaciones, como Pruner Bey, quien al empezar la década de los sesenta escribía:

“Por su punta redondeada, por su lóbulo posterior menos desarrollado se parece (el cerebro negro) al cerebro de nuestros niños, por la *saillie* del parietal, al cerebro de nuestras mujeres”.

Pero en general, tal como apunta Elvira Arquiola, el racismo en la institución francesa es menos acusado que en las anglosajonas. En parte, el colonialismo francés es —en ese momento— más débil y más filantrópico, sus intereses son menos urgentes. Por otra, podemos añadir, el interés de Francia en la guerra de Secesión americana no es tan violento como el inglés o el sureño esclavista, pues no dependía tan enteramente del algodón que el negro plantaba y recogía. Tampoco podemos olvidar el tremendo rigor científico que quieren implantar Broca y sus secuaces, y disquisiciones tan abiertamente racistas hubieran desmentido esta intención. No se puede negar a sus socios una cierta buena voluntad hacia el negro, que permitirá incluso la tardía defensa del aborigen que A. Quatrefages se plantea.

“Estos pueblos son simples y confiados cuando nosotros llegamos, pérfidos cuando los dejamos. De sobrios que eran, los hacemos borrachos; de valerosos, perezosos; de honestos, ladrones. Después de haberles inoculado nuestros vicios, estos mismos vicios nos sirven de argumento para destruirles”⁸.

No será el caso de la sociedad londinense, muy interesada en temas raciales y con un enorme componente racista, tal como veremos. Tanto es así, que su éxito duró mientras la guerra de Secesión ponía el tema en el candilero. El fin de la contienda parece marcar el principio del fin. La presión de los medios filantrópicos y, sobre todo, de los científicos será muy fuerte y Huxley no cesará de influir sobre Lubbock hasta terminar con estas luchas societarias que escandalizaban la fina ciencia inglesa. Al parecer, la sociedad, tras el fin de la guerra norteamericana, está en decadencia. Aunque su presidente no lo reconocerá en sus informes siempre halagüeños. Pero ya en 1867 parece que los ingresos disminuyen y los socios empiezan a abandonar. También es sospechoso el interés que Hunt muestra por esas fechas en dejar la revista.

“Es posible, sin embargo, que la sociedad pueda llevar la *Review* con menor gasto que lo que un particular es capaz de hacer. Es por ello que he insistido, y de nuevo insisto, ante la Sociedad Antropológica para que acepte el copyright de la *Review* incondicionalmente y libre de toda deuda”⁹.

Es innegable que el papel de la sociedad terminaba. Sea cierto o no, tal como se ha afirmado¹⁰, que recibiese dinero de los sudistas americanos, es evidente que el conflicto internacional que la guerra suponía les daba vida y actualidad.

LA DELIMITACION DEL TERRENO

Para su fortalecimiento, la *Anthropological Society* debe ofrecer un conjunto de saberes que la distinguan, garanticen y propaguen. ¿Qué nueva ciencia ofrecen los miembros de esta institución? Presentan sus saberes con una serie de interesantes características, más o menos comunes a todos los antropólogos de la época: rigor científico, novedad cierta y clara utilidad. Son cualidades que pueden cimentar cualquier nuevo saber dentro del campo epistemológico positivista. El cientifismo es basado en una ampliación de campo y en una profundización metodológica. John Hunt en su *Introductory Address on the Study of Anthropology, delivered before the Anthropological Society of London*, el 24 de febrero de 1863, nos proporciona muchas claves. La antropología es una ciencia en su infancia, todavía sin método ni sistema de medidas. El camino debe ser el limitarse a buscar hechos, encuadrándolos luego en leyes. Se proclamará siempre como un fervoroso

positivista —no podía ser de otra manera—, heredero de la inducción baconiana, llamándose discípulo de Comte y Spencer. Limitarse a hechos, inducir y no deducir, llegar a contruir leyes. Es enemigo declarado de los sistemas:

“Nada bueno puede resultar de discutir la tendencia de los descubrimientos o investigaciones científicas como filosofía o ética. Ya terminó para el auténtico hombre de ciencia el tiempo de preocuparse con cuestiones tales como si sus investigaciones conducen al materialismo o al idealismo, o incluso hacia cualquier otro *ismo*”¹¹.

El objetivo de la antropología no es sólo el estudio del hombre en relación con los mamíferos, como afirmaba Latham, es mucho más. Veamos sus palabras:

“La Antropología es, por el contrario, el estudio de la naturaleza humana total. Con tal significado incluirá casi el conjunto completo de las ciencias. Biología, anatomía, química, filosofía natural y fisiología deben, todas ellas, proporcionar al antropólogo materiales de los que pueda obtener sus deducciones”.

Se separa de la etnología, en sus siguientes palabras:

“Mientras la etnología se ocupa de la historia o ciencia de las naciones o razas, nosotros debemos ocuparnos del origen y desarrollo de la humanidad. Así, mientras la Etnología traza la posición y habilidades de las diferentes razas humanas, es nuestra tarea el investigar las leyes que regulan la distribución de la humanidad”¹².

Sus temas son pues numerosos y amplios, en especial les procurará el origen y la unidad o diversidad del hombre. La definición que por esos mismos años —1863-1864— da el Vice-President T. Bendyshe en su texto *The History of Anthropology* redundante en esta mismas opiniones y premisas:

“La Antropología, o Ciencia del Hombre, es la ciencia que trata de todos los fenómenos mostrados por el hombre en comunidad, y sólo por él, que pueden ser reducidos a ley. Es una ciencia empírica, porque nosotros sólo podemos determinar tales leyes desde la observación de los hechos. Por un lado se une con la historia natural (...) y por el otro, esto es, en su más elevada y más peculiar posición, la Antropología no tiene hoy más allá sino lo que más generalmente se conoce como ciencia de la historia”. E insiste: “Pero todo el tema, desde el origen de la humanidad hasta su destino último y su extinción como especie, es abarcado, hasta donde puede ser comprendido, por la Antropología”¹³.

¿Qué pretenden los socios de la sociedad londinense? Sin duda, a nivel inconsciente hay motivaciones que les hubieran sorprendido. ¿Qué hay tras esta nueva ciencia? Sin duda, un intento de control social. Con estas nue-

vas «ciencias» antropológicas, se busca determinar el puesto social del hombre, de cada individuo, de cada grupo. Son un intento de localización en el espacio social, podríamos decir con terminología de Michel Foucault. Los socios de la londinense, con sus escritos, pretenden en último término defender la raza blanca. Para ello proceden a los distintos sistemas de limitación. La *clôture*, cierre frente al mundo animal (y humano), *quadrillage* de especies y razas, *emplacements fonctionels* de ellas. Y, por fin, un *rang* en que se hace predominar la raza blanca¹⁴.

Se podría objetar que, para un adecuado dominio del marco social, sus clasificaciones y ordenaciones son puramente estáticas y morfológicas. Pero ellos desean ir más allá, como nos muestra el trabajo leído por James Hunt el 4 de junio de 1867 con el título *On Physio-Anthropology, its Aims and Method*. Plantea una profundización del concepto de antropología, intentando de una ciencia morfológica pasar a una ciencia fisiológica. No es vano recordar que son los años de esplendor del pensamiento fisiológico en manos de Bernard o de Laycock. La definición —o delimitación— que nos propone, no puede ser más evidente:

“La Físio-Antropología, o ciencia de las funciones del hombre como un todo, no sólo ciencia de sus partes o atributos”. O bien: “La Físio-Antropología, o la doctrina de las funciones de la humanidad, en oposición a la antropología física, o la doctrina de las formas de la humanidad”¹⁵.

La sociedad se ha preocupado de temas morfológicos, pero debe ampliar su área de acción, con el fin de conseguir que el estudio recaiga sobre seres vivos. *Physio-Anthropology is thus the science of living man*. Quieren extender su influencia hacia otras áreas de acción, por ejemplo la fisiología:

“Los botánicos y los zoólogos pueden ser capaces de estudiar forma y función separadamente, pero yo afirmo que en antropología ambos estudios deben marchar a la vez; así, que cada uno debe gradualmente conducir al otro, y que ambos deben finalmente ser estudiados juntos. (...) Podemos estudiar las formas sin ninguna referencia a la función, pero no podemos fundar una ciencia del ser humano vivo sin la ayuda de la fisiología”. O bien, se dirigen hacia la sociología o la psicología, que el positivismo relacionaba. “Cualquiera que pueda ser la situación presente de la antropología en Inglaterra, no olvidemos nunca que en toda Europa se ve y se admite que nuestra ciencia es la única a la que todos miran en busca de ayuda y apoyo para liberarse a sí mismos de sus propias y confusas ideas sobre la posición del hombre, no sólo en la naturaleza animada, sino también respecto a las relaciones mutuas y naturales de las clases, razas y especies entre sí”¹⁶.

Cuando comenta el libro de Laycock *Mind and Brain*, nos muestra que coinciden sus posiciones.

“El ha hecho lo que pocos autores han hecho sobre este tema, esto es, establecer claramente el supuesto de que la mente y sus leyes pueden ser sólo conocidas a través de los fenómenos de la vida y sus leyes, y correctamente añade, su estudio, como una ciencia aplicada, puede sólo conseguirse según el método seguido en el estudio y aplicación de las otras ciencias aplicadas”.

Da por concluidas la psicología y la frenología, sustituidas por la antropología en el *positive stage*. La psicología sería un estadio comtiano precoz.

“La palabra psicología será útil al futuro historiador para mostrar que la ciencia antropológica no ha sido una excepción respecto a las otras ciencias, y que no ha saltado directamente del estadio teológico al positivo. (...) Hoy las llamadas ciencias psicológica y frenológica aparecen ante el mundo como fracasos sin esperanza, lo que es sentido, no sólo por pensadores independientes, sino incluso por el gran público, y en muchos casos por los mismos psicólogos y frenólogos”¹⁷.

El papel que el positivismo quita a la psicología clásica —y a la frenología, *at best phrenology can be but an appendix to psychology proper*, escribía Spencer— lo reclama la antropología. “He citado a Mr. Spencer, principalmente para demostrar que el término que he empleado, fisiología antropológica, no difiere en esencia respecto a lo que este autor entiende en general por psicología humana”¹⁸. Los antropólogos recogen la nueva desmembración de la psicología en sociología y fisiología. Hunt y sus secuaces atacan a la psicología y a la frenología —con más dureza que Spencer— desde el cientifismo positivista, acusándola de pertenecer a la fase filosófica y teológica.

“Debo expresar mi más enfática opinión de que es enteramente insuficiente construir una ciencia del hombre mental o social: es el objeto y deber del antropólogo establecer ambas”. Y añade más tarde: “Una antropología auténticamente científica puede sólo estar basada en las funciones del sistema nervioso en su conjunto, incluso tal vez del cuerpo entero, y debe tener como sus fundamentos la fisiología comparada y la antropología comparada”¹⁹.

No es extraño ese empleo de la primera persona, que enfatiza y recalca bien el poder científico de que se quieren investir estos nuevos quirones, que como semidioses parecen regalarnos una nueva ciencia.

Su saber, afirman, no sólo es científico, también es muy útil. En su *Introductory Address* ya nos señalaba el presidente los dos puntos de gran utilidad de la antropología: soldados y negros, imperialismo y esclavitud. La propaganda imperialista victoriana le permite salir abiertamente en defensa de los soldados del imperio.

“¿Por qué, por ejemplo, una raza de la humanidad se detiene en su desarrollo, o perece en una región y florece en otra? ¿Qué puede ser más práctico que mostrar las causas que deterioran o destruyen las razas de Europa, cuando son llevadas a algunas otras regiones? ¿Cuántos miles de vidas de nuestros soldados serían salvadas anualmente si estudiáramos el temperamento para la selección de hombres adecuados para climas cálidos y fríos?”.

Sobre estos temas hay un gran interés en la Sociedad, en especial, como es de esperar, referido a la India²⁰. Son artículos dedicados a sanidad e higiene colonial, al clima y enfermedades, a la aclimatación y selección de tropas. J. Hunt intenta levantar estas observaciones a una categoría científica superior, siendo en efecto un adelantado, al menos en intenciones, de la futura medicina colonial militar. Se ocupa de las tropas británicas en su artículo *On Ethno-Climatology; or the Acclimatization of Man*. Allí afirma, dirigiéndose a los etnólogos:

“Entre las obligaciones más importantes y prácticas del etnólogo en el día de hoy está la tarea de descubrir las leyes que regulan la salud del hombre en sus migraciones alrededor del mundo”²¹.

Mucho más discretos se muestran ahora sobre el otro papel práctico que pueden asumir: la defensa de la superioridad de la raza blanca sobre la negra.

“Nosotros debemos ahora investigar las características mentales y morales de la humanidad en general. La diferencia entre el Europeo y el Africano no es tanto física como lo es mental y moral”.

De momento no se atreve a hablar, en las primeras reuniones, de especies distintas. Aunque se demuestre, nos dice, que el negro se ha originado hace poco del mono, es un hombre y no se debe actuar sobre él con crueldad.

“Yo quisiera, por tanto, expresar mi esperanza en que los objetivos de esta Sociedad nunca serán prostituidos con un objetivo tal como el apoyo del comercio de esclavos, con todos sus abusos; pero al mismo tiempo no debemos temblar ante el ingenuo reconocimiento de lo que creemos ser el auténtico puesto en la naturaleza, o en la sociedad, del Africano o de alguna otra raza. Será deber de los anatomistas escrupulosos constatar cuidadosamente todas las desviaciones de la organización humana standard y la analogía con tipos inferiores, que se manifiestan frecuentemente en la raza negra”²².

Sus primeras afirmaciones muestran discreción, pero ya con firmeza en sus palabras.

Para tantas posibilidades, debían mostrar su novedad, demarcarse de otros saberes, para evidenciar que ellos y sólo ellos podían proporcionar tantos adelantos. Dos «ciencias» se encontraban entonces muy cercanas, y de ellas era preciso deslindarse, la frenología y la etnología. De la primera era urgente, ya que las ideas de Gall y Spurzheim habían caído en manos de charlatanes y se habían desacreditado en el mundo científico. Muy poco después empezarán también los lombrosianos a necesitar esa distancia del movimiento frenológico, pues la asimilación les era muy perjudicial para su prestigio y credibilidad. Pero las técnicas usadas por los frenólogos, al menos muchas de ellas, las referidas a la craneometría, eran semejantes a las usadas por los antropólogos físicos, y la aparente predictibilidad de sus leyes mucho mayor. Era necesario un fuerte distanciamiento y más teniendo en cuenta que la frenología era todavía muy popular. Sus revistas eran numerosas y en ellas se entremezclaban temas antropológicos, frenológicos, psicológicos y mágicos²³.

Esta ambigüedad de la frenología, que en estas décadas está perdiendo su carácter científico, se muestra bien en que aparecen en las revistas de la Sociedad antropológica algunas referencias a ella, incluso artículos elogiosos. Por ejemplo, un trabajo aparecido en el primer volumen de su revista en defensa del libro de J.W. Jackson *Ethnology and Phrenology as an Aid to the Historian*, donde se afirma:

“La frenología se ha presentado por mucho tiempo como una teoría científica, y puede afirmarse con certeza que ninguna teoría filosófica ha sido jamás tan severamente probada. Se ha encontrado siempre con la oposición más severa y sus defensores puede afirmarse que han respondido correctamente, de manera razonable, muchas de las objeciones que le fueron hechas. Se puede decir que los principios fundamentales de la ciencia están, por tanto correctamente establecidos, aunque todavía no estén sino en su infancia”²⁴.

Y a lo largo de las páginas de la revista siguen apareciendo artículos partidarios de la vieja ciencia, trabajos retro, románticos, que consideran a la frenología la ciencia del futuro. En *Physiognomy* se escribe:

“Los hombres miserables que se oponían a la frenología con sofismas o mentiras, están hoy olvidados, pero la ciencia se desarrolla, quizá con limitaciones, pero todavía joven, cultivada por todas las clases en cada ciudad de Europa y de los Estados Unidos”. Se trata de un anónimo autor «romántico», asustado por el progreso y la civilización, que mira hacia atrás con nostalgia. “El materialismo, en sus últimos tiempos, ha asumido su forma más grotesca, la del esnobismo, que ahora alcanza un imperio universal. La inteligencia es aplastada por la fuerza bruta; la artesanía por la manufactura; el genio es comprado o esclavizado por la riqueza, y la materia se valora más que el arte —excepto la de la adulteración—. La riqueza y el honor llueven sobre el afortunado inventor que puede adulterar ventajosamente algún artí-

culo de uso diario; que puede sustituir la estricnina al lúpulo de cerveza; el sílice a la sosa en el jabón; la endrina por el zumo de uvas; y, rivalizando con el gigante a quien Jack mató, muele los huesos de los ingleses para hacer su pan”²⁵.

Sin embargo, la posición de la sociedad, al menos la oficial representada por su presidente, es contraria a la frenología. Ya en su primer discurso a los socios dejaba clara su intención.

“La frenología, como un sistema, no la podemos aceptar, pero debemos inquirir en qué medida se apoya en principios verdaderos. Supongo que casi todos estaremos dispuestos a admitir por entero que la forma y cualidad del cerebro de alguna manera indica el carácter intelectual y moral del hombre; pero no debemos precipitarnos y construir apresuradamente un sistema, o aceptar algún sistema que se base en esta afirmación general. El frenólogo ha dedicado hasta aquí demasiada atención a la simple forma y no suficiente a la cualidad, que es igualmente importante. Ni tampoco debemos aceptar un dogma tal como el propuesto por Liebig, que la acción cerebral debe ser proporcional a la masa cerebral. Por el contrario, debemos buscar una solución a muchas de las contradicciones que rodean a este tema en la minuciosa anatomía histológica, o en los constituyentes químicos del cerebro de las diferentes familias humanas y en los animales inferiores”²⁶.

Intentan desmontar el sistema frenológico atacándolo como construcción cerrada y completa, muy lejana a sus ideales de empirismos científicos. Además, no quieren estudiar sólo la forma, sino también componentes del cerebro, introduciendo la química y la microscopía. En realidad, no es que lo hicieran, pero lo plantean para huir de este sistema que empieza a desacreditarse. Por ello, en su ya citado artículo *On Physio-Anthropology, its Aim and Method*, se enfrenta aun más duramente con la frenología. Aunque su actitud es respetuosa, sobre todo con los fundadores de la escuela, es distanciante y firme. Les acusa de poco fundamento científico y peligrosas especulaciones dogmáticas. Sin embargo, como en el caso de Darwin, al que como veremos admiten como buen científico, pero no como creador de una nueva visión de la biología, el fundador es respetado. Se dice, al comentar las críticas de Spencer a la frenología:

“La única diferencia entre las expresiones del Dr. Gall y de Mr. Spencer es que uno da su opinión sobre la localización especial de las facultades como un hombre de ciencia y de observación, y el otro como un filósofo dogmático”. O bien: “Sin embargo, respecto al Dr. Gall, quisiera hablar de él en términos del más elevado encomio (...) Podría existir, pienso, escasa duda de que Gall, al menos en sus primeros tiempos, estableció un ejemplo de investigación y observación que haremos bien en seguir”. Ya su opinión sobre Spurzheim es mala: “El Dr. Spurzheim fue hombre indudable talento y seriedad. Pero, hasta donde yo puedo estimar su influencia en los trabajos de Gall, fue muy pernicioso para la ciencia”²⁷.

Pero los discípulos y los resultados han sido funestos.

“Respecto a la frenología actual, yo contemplo sus enseñanzas como totalmente acientíficas (...) Mi deseo en esta ocasión es aportar las razones por las que nosotros, como un cuerpo científico, no podemos aceptar ninguno de los varios sistemas de la frenología como base para nuestras futuras investigaciones”.

Pero no quiere ofender a los frenólogos, más bien atraerlos a su campo; por eso, en parte, se entiende la defensa del movimiento en las páginas de la revista. Sin duda, sus intereses y métodos tenían aspectos comunes, y la popularidad y difusión de la frenología eran envidiables. Así, se les decía:

“Por el contrario, yo invitaría especialmente a todos los discípulos de Gall a unirse a nosotros en la tarea de fundar una ciencia sobre el auténtico método original utilizado por aquél gran hombre. (...) Por lo que a mí respecta, confieso francamente que miro a la frenología con el mismo tipo de respeto que a la etnología o a la psicología —como ciencias muertas, a partir de las cuales la antropología científica se ha desarrollado. Fue necesario que la etnología, o simples especulaciones sobre antropología física, o igualmente simples especulaciones sobre psicología y frenología, precedieran a la antropología inductiva, como fue necesario que la astrología precediera a la astronomía, o la alquimia a la química”²⁸.

Poco después, Hunt repite su evidencia de que todas estas ciencias rivales están terminadas y que la antropología debe sustituirlas. En pocas naciones los antropólogos tienen un orgullo semejante de su papel. En su artículo *On the Localisation of the Functions of the Brain with Special Reference to the Faculty of Language*, pretende de nuevo probar la unión de todas estas ciencias. Su saber sería, una vez más, ciencia de las ciencias, nueva filosofía o teología, en un sentido positivista.

“Así, además, la condición casi desesperanzada y caótica en la que los descubrimientos del Dr. F. Gall sobre organología han caído es el resultado de, en primer lugar, base insuficiente, y, en segundo, enseñanza dogmática. Por fortuna, muchos de los psicólogos de punta de Europa han visto y admitido el valor de la unión con el fisiólogo y el patólogo. Las discusiones sobre la localización de la actividad cerebral ante la Sociedad Antropológica de París, han inaugurado una nueva era en la ciencia —era que sólo puede tener los más beneficiosos resultados—; y es muy deseable que una era semejante pueda acelerarse en este país”²⁹.

También la etnología tenía adeptos en Inglaterra. Al menos parece bastante popular *The Ethnological Journal; A Monthly Magazine of Ethnography, Phrenology & Archaeology*, que edita Luke Burke a partir de 1848. Su tendencia es poligenista y partidaria de varias especies dentro del «genus homo». Y parecido carácter tienen las publicaciones de la *Ethnological Society* que Crawford consigue revitalizar de forma provisional³⁰. La sociedad matriz —o al menos sus más destacados portavoces— no difieren

mucho de los antropólogos. John Crawford es también poligenista, amigo de la diversidad de razas, enemigo del negro y de la fusión de los grupos humanos. Tanto etnólogos como antropólogos se muestran acordes en rechazar al padre de la etnología inglesa, al que se acusa de ingenuo y poco científico, me refiero a J.C. Pritchard. En realidad, les molesta su unigenismo y su teoría de la unidad del hombre, acorde con su bondadoso filantropismo. Prefieren otros autores, por ejemplo el creador de la etnología americana, L. Agassiz, a quien Hunt llama *one of the most eminent living naturalists* —buscando su apoyo contra Huxley para mostrar la diversidad de especies humanas³¹.

La tradición etnológica inglesa era muy distinta, en efecto, fruto de esa fase de ingenuo evangelismo de sus fundadores. James Cowles Pritchard dedica a Blumembach, alabándole en el prefacio, su obra *Researches into the Physical History of Mankind*. Su tema es *the origin and mutual relation of human races*, apartándose del poligenismo y alzándose contra la diversidad de especies. Afirma con claridad:

“...todas las diferentes razas de los hombres, son meras variedades y no aumentan las diferencias específicas...”. No hay diferencias fisiológicas, semejantes a las que separan especies animales: “...la misma naturaleza consciente interna y las mismas facultades mentales son comunes a todas las razas del hombre”. Es posible “la propagación sin límites de criaturas cruzadas en la especie humana”. No son híbridos, “las criaturas cruzadas de los hombres no son realmente híbridos, y las razas originales de las que proceden deben ser consideradas como variedades de la misma especie”³².

Como ya dije, Crawford y quienes suceden a Pritchard en la Sociedad Etnológica se apartan del viejo maestro hacia mediados de siglo. El presidente es poligenista y partidario de una estricta separación entre las razas. Ve con miedo que las uniones sean fértiles y que —tal como sucedió con los españoles, nos dice— corrompan a la raza superior. Todo ello conlleva una fuerte carga ideológica de creencias en razas superiores y de miedos ante el contacto con otros pueblos en colonias. La hibridación, afirma, es causa importante de variación. Así lo ha sido para el pueblo inglés:

“Hemos estado acostumbrados a llamarnos a nosotros mismos Anglo-Sajones, pero hay gran probabilidad de que tengamos en nosotros mucho más de sangre Británica que Teutónica; porque no es razonable concluir que los fieros y salvajes piratas de Escandinavia que alcanzaron nuestras costas sólo por barcadas, fueran más numerosos que el pueblo más civilizado que invadieron y conquistaron. En vez de ser puros Anglo-Sajones, estamos, por el contrario, entre los pueblos más bastardos del mundo”. Muy al contrario: “...los Germánicos, (son) el pueblo menos cruzado de Europa”.

No tiene papel ni el clima ni la alimentación en la diferenciación de razas, pero sí mucho la hibridación y, en especial, podemos añadir, para aquellas razas que se consideran llamadas a dominar el mundo. *The union of a superior with a inferior race deteriorates*, afirma dogmática y sentencialmente³³.

Este tema es antiguo, ya el conde de Gobineau insiste en su *Essai sur l'inegalité des races humaines*. Curiosamente, en la sociedad etnológica se convierte en tema obligado, al menos de sus dirigentes. “La unión de las especies superior e inferior de la raza humana conduce a una progeñe intermedia, inferior a la primera y superior a la última”³⁴. De las uniones desaparecen las novedades por *a return to the character of the predominant stock*, refiriéndose en este caso a su cantidad y no a su calidad. Así los italianos, a pesar de las invasiones bárbaras, se asemejan a los Escipiones. Muy clara queda su animadversión a la mezcla de razas —que ve muy perjudicial para el hombre blanco— en uno de sus artículos referido al pueblo judío.

“Allá donde los judíos se han mezclado con las razas Asiáticas, el resultado ha sido el deterioro. No así en Europa, porque aquí ni han sufrido ellos el mismo deterioro, ni han perjudicado a la raza con la que se han cruzado. Aquí se están enfrentando en términos de igualdad con las razas entre las que se han establecido...”³⁵.

Son pues muy partidarios de la separación de razas, encontrando causas racionales para establecer tajantes distinciones.

“A menudo la diversidad entre las razas es tan evidente que no hay ninguna duda de que son variedades distintas, o incluso especies, como en el caso del Europeo y el Negro Africano, o en el Hindú y el Chino”. Su racismo es morfológico: “En el intento de definir las diferentes razas o especies, los puntos a considerar son: la complexión, la cualidad y cantidad de pelo en la cabeza y en otras partes del cuerpo, el color y la forma del ojo, las facciones, (...) la configuración de la persona, la estatura, el esqueleto y, especialmente, el cráneo como receptáculo del cerebro, y finalmente, la capacidad intelectual. En muchos de ellos se encontrará que existe muy amplia disparidad”³⁶.

Como vemos, tampoco olvidan dar importancia al cerebro y su acción, como se preciarán de hacer los antropólogos, lo que nos lleva a preguntarnos cuál es la verdadera diferencia entre las dos sociedades. Hunt está en contra de Prichard, le acusa de ingenuo, crédulo, superficial y demuestra su unidad de origen y razas³⁷. Sin embargo, se aparta de los etnólogos y se esfuerza en mostrar la supremacía de la nueva ciencia sobre la antigua. No olvidemos sus afirmaciones. Por una parte, considera a la etnología más limitada, por otra, duda de su carácter científico, positivo. Por ejemplo, les

niega su carácter académico por abusar de las noticias de viajeros que, tal como afirma Hunt, “sólo ven aquello que conviene a sus conceptos preconcebidos”³⁸. Pero los mismos antropólogos londinenses emplean este tipo de fuente y de trabajo. Entonces, tal vez haya que buscar otras causas para la separación de las dos sociedades, pues en líneas generales sus planteamientos no son muy distantes. Sin duda, la mayor agresividad de la sociedad antropológica en tratar temas —como el evolucionismo o el problema del negro— puede ser suficiente motivo para su escisión. En cualquier caso, ambos temas serán casi obsesivos y contribuirán tanto a su prestigio ante un amplio público, como a su descrédito ante la ciencia más dignificada y más comprometida con la ideología de la alta burguesía inglesa. Sus dificultades —a diferencia de la etnología— por entrar en la *B.A.A.S.*, así nos lo muestran³⁹. Eran temas poco dignos que, aunque en un momento dado pasen a la prensa inglesa más extendida, no podían ser adoptados por una burguesía lanzada al liberalismo abolicionista y por una ciencia comprometida en el evolucionismo igualador, al menos en la igualdad ante la lucha.

MAN'S PLACE IN NATURE

Esta delimitación que la nueva sociedad pretende es doble. A la vez que la sociedad victoriana se estratifica, se esclerosa y se distancia, los miembros de la londinense se separan de otros científicos y de sus objetos de estudio. Quieren mantener una clasificación de especies perfectamente delimitadas tipo Linneo, incluso yendo más allá. No pueden consentir que dos razas humanas de distinto color vayan demasiado juntas, o que el hombre y el animal puedan aproximarse. Para ello tienen que salir a la palestra en contra de viejas y nuevas doctrinas, así les molestan la monogenia o la teoría darwinista.

La defensa de la poligenia y sus especulaciones sobre el origen del hombre llenan algunas de sus páginas, aunque no parece ser tema que les preocupe demasiado. Lo dan por sentado, en realidad en el momento era hipótesis con facilidad admitida. “¡Cuántos volúmenes han salido de la imprenta sobre el origen de la familia humana y, aun hoy, el puesto del hombre en la naturaleza es tema de disputa!”, dice en sus primeras palabras al flamante nuevo presidente. Da por sentado la inexistencia de un tipo original de hombre:

“Todo lo que se puede afirmar con seguridad contra la unidad del origen de la humanidad es que no existe raza o especie que pueda considerarse el tipo de Hombre original. La aceptación de tal tipo ideal de hombre del cual todas las formas existentes habrían salido, no está basada en datos científicos y es simple especulación. Es cuestión incierta si seremos capaces de demostrar con hechos reales el *modus operandi* del origen del Hombre, pero podemos ser capaces de establecer las leyes a las que debe su nacimiento”⁴⁰.

Pero no es éste el real caballo de batalla, pues muchos científicos defendían la poligenia ya y además la vieja polémica estaba quedándose anticuada. En realidad, el tema de moda era el evolucionismo, y era el arma que podía hacer peligrar ese puesto elevadísimo concedido al hombre de piel clara. Ven bien que la nueva doctrina hace peligrar sus separaciones y son interesantes sus precoces críticas a los principales evolucionistas. Así, sus comentarios a la obra de sir Charles Lyell *The Geological Evidences on the Antiquity of Man*, publicada en Londres en 1863. Aun respetando el nombre del autor y su saber en geología, critican mucho que pretenda salirse de su terreno y, sobre todo, sus opiniones evolucionistas⁴¹. A pesar de su posible rivalidad con la sociedad etnológica, no dudan en recoger un artículo de su presidente John Crawfurd en contra del geólogo. Todas sus teorías le molestan, en especial el unigenismo y la selección natural. El etnólogo insiste en la separación de los cerebros del hombre y del mono, que parecen iguales pero no lo son:

“A pesar de sus aparentemente hábiles manos, el mono no puede ni fabricar ni usar una herramienta o un arma. Es su cerebro, anatómicamente tan semejante al del hombre, pero psicológicamente tan distinto, lo que le impide conseguir ese aparentemente sencillo logro. Mientras las semejanzas de los monos con el hombre son establecidas, sería bueno establecer también las diferencias”⁴².

Pero el principal contrincante es uno de los más famosos evolucionistas, Th. Huxley. Su planteamiento es claro: “consideramos muy desleal que Mr. Huxley nos ponga en la alternativa *either Darwin or nothing*”. Recuerdan el pasado no darwinista de Huxley y critican su apoyo en el materialista Büchner y su método antropofísico. En especial, les parece muy mal utilizado su «basicranial axis» con que muestra la evolución del cráneo del mono al del hombre. Aquí está la piedra de toque, el argumento científicamente irrefutable, según el autor.

“Debiendo tal teoría ser probada, debemos tener en mente que hasta que no sea demostrado inductivamente por la observación, el experimento, o la inferencia bien basada, no estamos autorizados a asumir su existencia (...) Pero hasta que llegue el día en que tal ley esté completa, entera y satisfactoriamente establecida, debemos protestar enérgicamente contra la

difusión, incluso entre 'el más amplio círculo de público inteligente', de ensayos cuyo objeto es acercar *Man's place in Nature* al de la creación animal". Su opinión es muy clara: "Incluso aceptando que el intelecto del hombre está tan directamente coordinado con su estructura material como para depender de la cantidad, complicación y cualidad del cerebro, la amplia distinción cerebral entre el hombre y el mono traza una amplia línea de demarcación entre la naturaleza psíquica de las dos formas. Y cuando miramos el amplio y elevado lóbulo frontal del cerebro humano, el extenso lóbulo mediano, y el voluminoso y prominente lóbulo occipital, cuya masa se extiende hacia atrás más allá del cerebelo, vemos el sustrato en que las manifestaciones psíquicas del hombre experimentan sus complicados cambios y alternaciones. No podemos descubrir en el más elevado mono ningún órgano material semejante"⁴³.

Les preocupa también la semejanza entre las idioticias y los simios, negándose a ver en aquéllas vestigios de animalidad. Por ejemplo, Owen insiste en que:

"Yo señalaría en primer lugar que el cerebro detenido en su desarrollo no ofrece una semejanza cercana a, ni corresponde con el chimpancé, ni el orangután, ni formas más inferiores..." o también que "la Venus Hotentote fue un caso de 'detención del desarrollo', más que la manifestación del carácter normal de una raza inferior que uniera el Mono al Hombre".

Esta tradición fixista y antievolucionista —Linneo, Cuvier, Owen— es acogida siempre con júbilo por los redactores de la revista. Así, acogerán con mucho menos entusiasmo las publicaciones del inglés⁴⁴. Se muestran muy interesados en "la opinión del Profesor Owen de que la humanidad debe ser erigida en una subclase distinta" y todavía más en su indiferencia hacia el darwinismo.

"Mientras Mr. Darwin y sus discípulos aburren al mundo con sus creencias y dudas, el Profesor Owen se confina a sí mismo en el más elevado plano de la ciencia: una enunciación de los hechos que conoce y las observaciones que ha hecho".

Otro autor quiere ir más allá de Linneo, disgustado con la asimilación en un mismo orden de los «Anthropomorfa» y sobre el hombre "piensa que su naturaleza intelectual y moral le señala como un orden del ser completamente distinto de la creación animal (...) Cuvier coloca al hombre en un orden distinto —los birmana, y, como hemos dicho, el Profesor Owen le concede su justa supremacía en los Archencephala". El error está en "el olvido del sistema nervioso y su más elevado producto, tal como se manifiesta en la capacidad mental"⁴⁵.

En 1866 se produce otro gran ataque del presidente de la Sociedad al evolucionismo, planteándose ampliamente su significado y los temas que plantea. Me refiero al artículo *On the application of the Principle of Natural Selection to Anthropology, in reply to views advocated by some of Mr. Dar-*

win's disciples. Escoge como enemigo principal —aparte otros de la importancia de Alfred R. Wallace— a Huxley. La actitud frente a este autor es dura: le dirige grandes elogios como científico, pero le acusa de haber corrompido el pensamiento de Darwin. El sabio viajero es respetado, son sus discípulos quienes pretenden deducir de la selección natural la unidad del origen del hombre y de las razas. Discute a Huxley en su lógica, en los hechos que presenta, se citan autoridades a favor del poligenismo.⁴⁶

Aunque poco después de empezar el artículo se refiere al problema clave de la época —el negro—, enseguida calla el tema, olvida la guerra americana y empieza sus argumentos «científicos». Huxley, nos dice, emplea solamente características anatómicas para sus clasificaciones y conclusiones.

“Los antropólogos deben tomar en consideración la totalidad de las características de los diferentes tipos de hombre. El hombre se distingue principalmente de los monos por sus caracteres mentales y es a éstos a los que debemos pedir apoyo en nuestros sistemas de clasificación”.

Ataca la gran antigüedad del hombre, la búsqueda del eslabón perdido y se apoya en el hibridismo, en que “algún grado de esterilidad en las uniones de la humanidad queda probado”. Se acoge a Vogt y respeta a Darwin. “El Profesor Carl Vogt está haciendo todo cuanto puede para mostrar la falacia de la hipótesis unitaria en el continente”. Antes ha escrito:

“Por mi parte debo confesar que pienso que ni los puntos de vista del Profesor Huxley ni los de Mr. Wallace son resultados lógicos de la elaboración de los principios de la selección natural tal como es propuesta por Mr. Darwin”.

Pide a éste que decida si su teoría apoya la unidad de origen de Huxley o “la teoría de la unidad progresiva de Wallace”. Su opinión es contraria:

“Ciertamente la tendencia de la investigación actual es a mostrar que las diferencias en la humanidad fueron primariamente al menos tan grandes físicamente como lo son ahora”. Y recurre a la autoridad del presidente de la sociedad etnológica: “Aludo a mi estimado amigo, Mr. John Crawfurd. Pueda él dedicar largo tiempo a combatir contra las nuevas formas de monogenismo que intentan aparecer entre nosotros. Pueda él vivir hasta ver el tiempo en que los hombres de ciencia no presten por más tiempo la sanción de sus nombres a la doctrina de la igualdad intelectual y moral de las diferentes especies humanas”⁴⁷.

Realmente el darwinismo no tenía por qué ser obstáculo, pero en los primeros momentos se corría el peligro de una interpretación en exceso filantrópica del mismo. Por ejemplo, en el caso de sir John Lubbock, partidario de quitar la palabra antropología en la unión de las dos sociedades, es-

ta camino era claro. Ya hacia el fin de la *Anthropological Society* se dirigirá a ella, predicando la necesidad del progreso tanto para los salvajes como para los pobres ingleses. Era la visión filantrópica del evolucionismo, el progresismo del darwinismo social.

“Si la pasada historia del hombre ha sido la del deterioro, no tenemos sino una infundada esperanza de mejora futura; pero, por el contrario, si el pasado ha sido de progreso, podemos justamente esperar que el futuro será también así; que las bendiciones de la civilización se extenderán no sólo a otros países y otras naciones, sino que incluso en nuestra propia tierra se harán más frecuentes y más equitativas, tanto que no veremos siempre ante nosotros, como ahora, multitudes de nuestros propios compatriotas viviendo la vida de los salvajes en nuestro propio medio, no poseyendo las rudas ventajas y los auténticos, aunque groseros placeres de la vida salvaje, ni aun aprovechándose ellos mismos de las más elevadas y nobles oportunidades que caen dentro del alcance del hombre civilizado”⁴⁸.

Por los mismos años insiste este autor con idénticas palabras en su trabajo *On the origin of civilisation and the primitive condition of man*, esta vez en la sociedad etnológica. Sus conclusiones son “que los salvajes existentes no son los descendientes de antepasados civilizados, que la primitiva condición del hombre fue la del total barbarismo y que desde esta condición varias razas han surgido independientemente”. La civilización será la bendición del hombre blanco que repartirá a través de todo el mundo por civilizar. Esta será la doctrina de los futuros etnólogos y antropólogos ingleses⁴⁹. Esta ideología, que apoyará las futuras grandes investigaciones antropológicas británicas, será la misma que permitirá justificar las amplias conquistas imperialistas de la Gran Bretaña finisecular. El evolucionismo — convertido en darwinismo social— permitirá defender la supervivencia del mejor, la lucha contra pueblos tranquilos y débiles, pero siempre llevando desde occidente la civilización a nuevos mundos. Una mayor sofisticación ideológica era necesaria y los miembros de la sociedad antropológica de Londres no se dieron a tiempo cuenta.

NOTAS

1 G.M. STOCKING: *What's in a name? The Origins of the Royal Anthropological Institute (1837-71)*, *Man*, n.s. 6, 1971, 369-390.

2 G.M. STOCKING: *What's in a name? ...*, 379.

3 G.M. STOCKING: *What's in a name? ...*, 381 ss, cita en pág. 384. Para conocer el ambiente científico de la época, sobre todo en relación con la B.A.A.S., véase S.F. CANNON : *Science in Culture: The Early Victorian Period*, New York 1978.

4 La Anthropological Society of London acepta adquirir un ejemplar al precio del comercio. 2 s. 3 d. en 1868 —para cada socio. Véase *The Origin of the Anthropological Review, The Financial Position of the Anthropological Society of London y The Anthropological Review and the Anthropological Society*, en *Anthropological Review* 6, 1868, 431-442, 442-445 y 448-450. La nueva Sociedad también reclama la ayuda estatal, un museo, secretarios locales, la instalación de otras asociaciones...

5 *The Popular Magazine of Anthropology* 1, 1866, 5, la cita está tomada de J.S. MILL.: *Comte and Positivism*, London 1865, 96.

6 *Anthropological Review* 1, 1863, 191-192, carta sin fecha, cita en 192.

7 Por ejemplo, traducen el artículo “Anthropology” del *Nouveau Dict. Encyclopédique des Sciences Médicales*, con el título “Broca on Anthropology”, *Anthropological Review* 5, 1867, 193-204, 6, 1868, 35-52.

8 E. ARQUIOLA: *Racismo y antropología de Fancia (1859-1880)*, en A. ALBARRACIN TEULON, J. M^a. LOPEZ PIÑERO y L.S. GRANJEL (Ed.), *Medicina e Historia*, Madrid, 1980, 235-249, citas en 241-244. Véase de la misma autora, *Paul Broca y la antropología positivista francesa*, *Asclepio* 28, 1976, 51-92.

9 *Anthropological review* 6, 1868, 450, “If the Society will under take the management and control of this Review we shall be extremely glad”, 438.

10 D.A. LORIMER: *Colour, Class and the Victorians*, New York, 1978. 149-151.

11 J. HUNT: *On Physio-Anthropology, its Aim and Method*, *Journal of the Anthropological Society* 5, 1867, CCIX-CCXL, cita en CCXXXVI.

12 J. HUNT: *Introductory Address...*, *Anthropological Review* 1, 1863, 1-20, 2 su admiración por la Sociedad de París en 19-20. En sus comentarios el Honorary Secretary C.C. Blake amplía considerablemente estos temas a tratar, véase *Reports of the Meetings of the Anthropological Society*, *Anthropological Review* 1, 1863, 183-185, en especial 183-184. También G.M. STOCKING: *What's in a name?...*, 376 ss.

13 T. BENDYSHE: *The History of Anthropology*, *Memoirs Read Before the Anthropological Society of London* 1, 1865, 335-458, citasen 335.

14 M. FOUCAULT: *Surveiller et punir*, París 1975, 138 ss.

15 J. HUNT: *On Physio-Anthropology...*, CCIX. Ya en su *Introductory Address...* decía “Nosotros debemos ahora investigar las características mentales y morales de la humanidad en general. La diferencia entre el Europeo y el Africano no es tan grande físicamente, como lo es mental y moralmente”, 3.

16 J. HUNT.: *On Physio-Anthropology...*, citas en CCXXXIV, CCX y CCXL.

17 J. HUNT: *On Physio-Anthropology...*, citas en CCXXXVII y CCXVII, sobre Spencer y sus ataques a la frenología CCXIV.

18 J. HUNT: *On Physio-Anthropology...*, CCXV.

19 J. HUNT: *On Physio-Anthropology...*, CCXXVIII.

20 J. HUNT: *Introductory Address...* 3. Hay en sus revistas un buen número de artículos referidos a estos temas: Dr. CAMPS, *Troops in India*, *Anthropological Review* 1, 1863, 410-412; Major S.R.I OWEN, *On Hindu Neology*, *Memoirs Read Before the Anthropological Society of London* 2, 1866, 202-215; J. SHORTT, *The Bayaderes; or, Dancing Girls of Southern India*, 3, 1870, 182-194. En el mismo sentido, en el *Journal of the Anthropological Society of London*, el artículo titulado “On the Precautions which Ought to Have Been Taken to Ensure the Health of British Troops, Had Any Been Sent to Copenhagen”, 2, 1864, CCXXXVII-CCCLIX.

21 *Transactions of the Ethnological Society of London*, n.s. 2, 1863, 50-83, cita en 50, sobre tropas 79.

22 J. HUNT: *Introductory Address...*, 3 y 4, para él defender la igualdad de razas es una especulación metafísica, 7. Se considera, sin duda, en un estadio contiano superior, el científico.

23 Podemos mencional *The Phrenological Almanach; or, Journal of Mental and Moral Science* (1842), publicada por Glasgow Phrenological Society y editada por D.G. Goyder. Es interesante la lista de sociedades frenológicas que incluye y, sobre todo, la inclusión entre ellas de una Anthropological Society presidida por John Epps, M.D., que se reunía en Londres dos veces por mes. No fue una revista aislada, pues también se publicó *The Phrenological Journal and Miscellani* (1824) y *The People's Phrenological Journal, and Compendium of Mental and Moral Science* (1843). Hay incluso muy posteriores, como *The Phrenological Magazine: A Journal of Education and Mental Science* (1880) y *The Phrenological Annual and Register* (1890).

24 *Ethnology and Phrenology*, *Anthropological Review* 1, 1863, 118-129, 122. El mismo J. W. Jackson insiste en el mismo sentido, "Ethnology and Phrenology as an Aid to the Biographer", id, 2, 1864, 126-140. A veces se emplean aspectos frenológicos en otro sentido, el estudio de la relación entre la locura y climas, así en C.C. BLAKE: *Lunacy and Phrenology*, id. 1, 1863, 476-480.

25 *Physiognomy*, *Anthropological Review* 6, 1868, 137-154, citas en 152 y 153.

26 J. HUNT: *Introductory Address...* 14.

27 J. HUNT: *On Physio-Anthropology...*, citas en CCXIV, CCXXIII-CCXXIV, sobre mermerismo se declara en contra en CCXX-CCXXI.

28 J. HUNT: *On Physio-Anthropology...*, citas en CCXXI-CCXXIII. Se muestra de acuerdo con J. W. Jackson, pues se muestra muy conciliador y reconoce defectos a la frenología, CCXXVII-CCXXVIII.

29 *Anthropological Review* 6. 1868, 328-345, cita en 330.

30 Véase el artículo editorial *Outlines of the Fundamental Doctrines of Ethnology; or, the Science of the Human Races*, *The Ethnological Journal* 1, 1848, 1-8.

31 J. HUNT: *On the Application of the Principle of Natural Selection to Anthropology*, *Anthropological Review* 4, 1866, 320-340.

32 J.C. PRICHARD: *Researches into the Physical History of Mankind*, 5 vols., London 1836-1847, I, vi ss, 1 ss, 375 ss, citas en vi y 375, también V, 547 ss, citas en 548.

33 J. CRAWFURD: *On the Effects of Cormmixture, Locality, Climate, and Food on the Races of Man*, *Transactions of the Ethnological Society of London*, n.s. 1, 1861, 79-92, citas en 81 y 82, véase 86 ss.

34 J. CRAWFURD: *On the Classification of the Races of Man*, *Transactions of the Ethnological Society of London*, n.s. 1, 1861, 354-378, cita en 356. Sobre el origen del racismo y el papel de Gobineau, resulta sugestivo el trabajo de C. LEVI-STRAUSS: *Race and History*, en L. Kuper (Ed.), *Race, Science and Society*, London, 1975, 95-134.

35 J. CRAWFURD: *On the Commixture of the Races of Man in Western and Central Asia*, *Anthropological Review* 1, 1863, 143-145, cita en 145. La referencia a los italianos en *On de Classification...*, 357, más ataques a Prichard en 359, sobre poligenia 371, no influencia del clima en 365.

36 J. CRAWFURD: *On the Classification...*, 378 y 365.

37 Es muy frecuente en los antropólogos el desprecio por la etnología antigua y su apóstol Prichard, véase de J. HUNT: *Introductory Address...*, 2, 8 y 11; *On the Application...*, 326-327; *On Physio-Anthropology...*, CCXIX y CCXXII. Tiene el refuerzo de un maestro R. Knox quien desprecia con frecuencia a Prichard: *Ethnological Inquiries and Observations*, *Anthropological Review* 1, 1863, 246-263, 246.

38 J. HUNT: *Introductory Address...* 11. Ellos emplean también con frecuencia las fuentes de viajeros y diplomáticos, véase como ejemplo Captain R. F. BURTON: *A Day among the Fans*, *Anthropological Review* 1, 1863, 43-54.

39 Sobre los problemas con la British Association for the Advancement of Science. Véase G.M. STOCKING: *What's in a name?...*

40 J. HUNT: *Introductory Address...*, 2 y 10, también 5-6.

41 *Lyell on the Geological Evidence of the Antiquity of Man*, *Anthropological Review* 1, 1863, 129-137. Las mismas críticas a Daniel Wilson *Pre-Historic Man*, London, 1862, en id. 137-141.

42 J. CRAWFURD: *Notes on sir Charles Lyell's Antiquity of Man*, *Anthropological Review* 1, 1863, 172-176 y 433-436, cita en 175. Leído ante la Ethnological Society por su presidente en 14 de abril de 1863.

43 Véase artículo firmado con seudónimo *Man and Beast. To the Editor of the Anthropological Review*, *Anthropological Review* 1, 1863, 153-162, citas en 154 y 161-162. La cita de Huxley la toman de *On our knowledge of the Causes of the Phenomena of Organic Nature*, London, 1862, 150.

También se resalta la diferencia entre hombre y mono en *Medical Psychology*, comentario al libro de este nombre de Robert Dunn, publicado en Londres en 1863, en *Anthropological Review* 1, 1863, 163-166. Las sesiones de la Sociedad de 24 de marzo y 7 de abril son muy insistentes en el tema, incluso interviene Owen. Puede también recordarse la ya citada intervención del capitán R.F. Burton, vicepresidente y cónsul de Fernando Poo.

44 R.T. GORE: *Notice of a Case of Microcephaly*, *Anthropological Review* 1, 1863, 168-171 y los comentarios en 185-191, los citados en 188-189. Véase también *Owen's Comparative Anatomy and Physiology*, id. 6, 1868, 301-316, comentario a los dos primeros volúmenes de la obra del mismo título de Owen.

45 *Owen's Comparative...*, 305, *Ethnology and Phrenology*, 123.

46 J. HUNT: *On the Application of the Principle of Natural Selection to Anthropology...*, *Anthropological Review* 4, 1866, 320-340, sobre Wallace 321, 328, 333 s. De este autor han publicado *The Origin of Human Races and the Antiquity of Man Deduced from the Theory of "Natural Selection"*, *Journal of the Anthropological Society of London* 2, 1864, CLVIII-CLXXXVII. Es menos atacado por HUNT, su fama es menor, su pensamiento más inseguro, sus dudas sobre el monogenismo grandes. Además, su pensamiento apunta a las mismas directrices que el de los antropólogos, sólo que a través del darwinismo social: "Si mis conclusiones son justas, debe inevitablemente seguirse que las más elevadas —las más intelectuales y morales— deben desplazar a las más bajas y degradadas razas; y el poder de la «selección natural», actuando aún sobre su organización mental, debe siempre conducir a la más perfecta adaptación de las más altas facultades del hombre a las condiciones de la naturaleza que le rodea y a las exigencias del estado social", CLXIX.

47 J. HUNT: *On the Application...*, citas en 322, 339, 334, 326 y 327. Pueden verse orientaciones semejantes en C.O.G. NAPIER: *Table of Human Races, Classed in Accordance with the Moral and Intellectual Characteristics*, *Journal of the Anthropological Society of London* 5, 1867, CLX-CLXIX, y en el anónimo comentario a T.P. LESLEY *Man's Origin and Destiny*, London 1868 en *Lesley's Origin and Destiny of Man*, *Anthropological Review* 6, 1868, 356-366.

48 J. LUBBOCK: *The Early Condition of Man*, *Anthropological Review* 6, 1868, 1-21, cita en 13-14. Ataca la opinión del arzobispo de Dublín Dr. Whately, quien defiende que el hombre ha sido siempre igual desde su creación. Véase D.A. LORIMER: *Colour, Class ...*, 142 ss.

49 J. LUBBOCK: *On the Origin of Civilisation and the Primitive Condition of Man*, Transactions of the Ethnological Society of London, n.s. 6, 1868, 328-341, cita en 341.

Este artículo es un adelanto del libro *Ciencia y marginación. Una historia de negros, locos y criminales*, Editorial Crítica, Barcelona, 1983.